



El Jardín Botánico de Madrid. Puerta principal sucia y abandonada. (Foto Bellot, 1964.)

Segundo centenario del Jardín Botánico de Madrid

Francisco Bellot Rodríguez

Ex director del Jardín Botánico de Madrid

A poco que se medite sobre este resumido estudio histórico acerca del Jardín Botánico de Madrid, se observa claramente que en las épocas absolutistas y dictatoriales, Fernando VII, Isabel II y franquismo, el Jardín Botánico sufre el más completo abandono. Con las democracias, resurge de sus cenizas.



José Quer. El fundador con Minuart del viejo Jardín Botánico del «Soto de Migas Calientes».



Boceto del monumento a Casimiro Gómez Ortega en Añiver de Tajo. (Escultor, A. de la Herrán.)

EL pasado mes de diciembre el rey Juan Carlos I ha inaugurado el conocidísimo Jardín Botánico de Madrid, en realidad el resultado del traslado de uno anterior, fundado en 1755 por el rey Fernando VI, y hecho realidad por el cirujano José Quer, en el entonces llamado «Soto de migas calientes». Aproximadamente la zona comprendida entre la actual avenida de Valladolid y el río Manzanares.

Fernando VI, antes de fundar este rudimentario jardín botánico, invitó al gran Linneo a visitar España con objeto de impulsar los estudios sobre las plantas, aplicando las normas del código de nomenclatura creado por el sueco. En caso de no poder venir le rogaba que mandase a uno de sus discípulos aventajados. Linneo no vino pero envió a Pedro Loefling, quien desembarcó en Lisboa, continuó viaje a Madrid y desde la capital a Cádiz en diligencia, donde embarcó para Venezuela, muriendo en aquella nación sudamericana,

precisamente en la ciudad de Cumaná, desgraciándose el intento de exilar las riquezas vegetales de aquella parte de América.

Otro botánico contemporáneo del primitivo Jardín Botánico, es el famosísimo Mutis. José Celestino Mutis asistió al Jardín de Migas calientes desde 1757 a 1760, fecha en que se trasladó a América.

A Quer, el primer director, muerto el año 1764, le sucedió el médico de Carlos III, Miguel Barnades, que fue el autor de unos Principios de Botánica, quizá la primera obra botánica publicada en castellano.

El sucesor de Barnades fue uno de los más cultos botánicos de su época: Casimiro Gómez Ortega que publicó en la época del Jardín de Migas calientes una «Tabula Botánica» con el sistema de clasificación de Tournefort.

Siendo Casimiro Gómez Ortega primer botánico, fue nombrado segundo el catalán Antonio Palau quien publicó en

1785 un «Curso elemental de Botánica», contribuyendo grandemente a la generalización de las ideas de Linneo que tanto facilitaron el desarrollo de la Botánica en España. También tradujo Palau, añadiendo citas de plantas españolas, el «Species plantarum» de Linneo.

El Jardín Botánico actual

Con el fuerte impulso dado a las Ciencias por Carlos III, el pequeño y alejado jardín del Soto de Migas calientes pareció poco adecuado para el desarrollo de las Ciencias Naturales, por lo que el rey, inspirado por los hombres de la Ilustración concibió la idea de una especie de Ciudad Universitaria y un Museo de Historia Natural en el Paseo del Prado. Pensó primero en un observatorio astronómico y en un Jardín Botánico. No se olvide, siempre vinculados a la enseñanza de la Ciencia de la naturaleza.

Comenzó por el jardín, quizá por ser lo más económico. Iniciándose el nuevo Jardín Botánico por una Real Orden de Carlos III el año 1774. Para ello contó con el decidido apoyo del conde de Florida-Blanca, quizá el inspirador de la idea. Fue nombrado arquitecto, Juan de Villanueva, y como botánico, Casimiro Gómez Ortega, auxiliados por el ingeniero militar Tadeo López.

El Jardín, a causa del desnivel entre el Retiro y el paseo del Prado, se dividió en tres planos: alto, medio y bajo. En 1796 se construyó la barandilla de piedra y hierro que separa el plano alto del plano medio.

La puerta más conocida es la del paseo del Prado. Esta puerta divide en dos mitades iguales la verja que dá a dicho paseo. Este ha sido elecado sobre su piso primitivo, dejando semihundidos los soportes de piedra que servían de asiento a los paseantes. La puerta principal conduce directamente a



Hipólito Ruiz (1754-1816). El héroe de Chile y Perú, merecedor de la dirección del Jardín Botánico. La intriga se la dio a Cavanilles, el amigo de los poderosos.

un amplio paseo que lleva al edificio donde se construyó la llamada cátedra de Cavanilles. Esta puerta principal se llamó primero Puerta Real y el paseo de Carlos III. En la parte superior de la referida puerta hay una inscripción cuyo texto latino fue redactado por Casimiro Gómez Ortega. Dicho texto decía:

CAROLUS III. P.P. BOTANICES INSTAURATOR CIVIUM SALUTI ET OBLECTAMENTO ANNO M D C C L XXX I

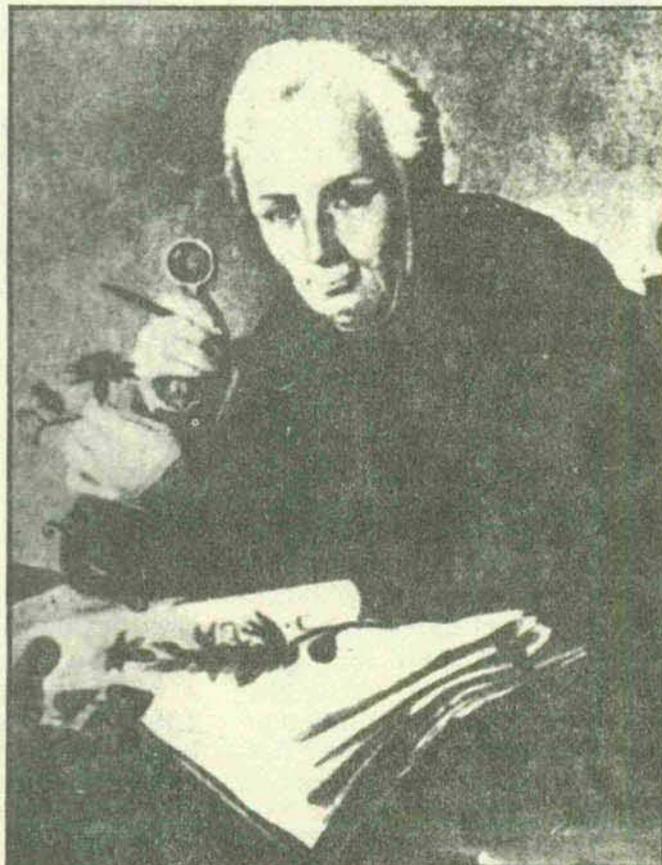
Al final del paseo de Carlos III, delante de la entrada de la cátedra de Botánica, se instaló una fuente, y en su centro un busto de Linneo.

La Junta de Gobierno del Jardín la formaban los catedráticos, presididos por el intendente, asistidos además por el Jardinero 1.º

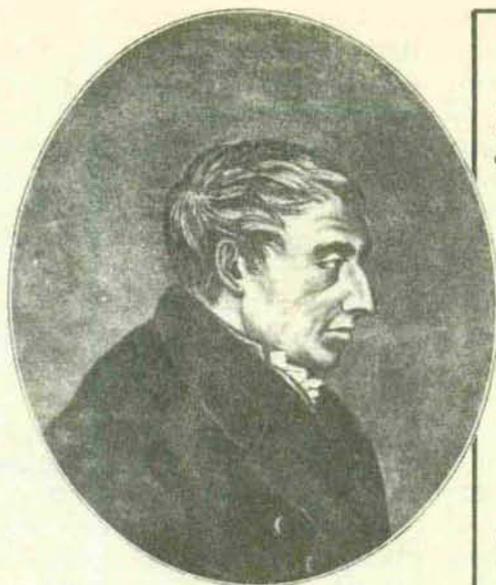
Para ingresar como catedrático se celebraban unas oposiciones que consistían en dos ejercicios, uno teórico de latín



Cavanilles. El elegante abate, buen botánico pero que se aprovechó del trabajo de los honrados Ruiz y Pavón.



José Celestino Mutis (1732-1808). El gran botánico gaditano, impulsor de la mejor iconografía de la flora colombiana. Las famosas «Láminas de Mutis».



Mariano Lagasca (1776-1839). El más insigne de los botánicos españoles.

y otro práctico de clasificación de doce plantas, seis secas y seis frescas. Además, el opositor debía redactar un «Plan del método de enseñanza». Para recolectar plantas y semillas destinadas al Jardín se nombraban corresponsales o comisiones en distintas localidades españolas.

Como resultado de las primeras tareas científicas del Jardín, Casimiro Gómez Ortega publicó en 1786 un «Curso Elemental de Botánica», obra escrita en un correctísimo castellano. Fue traducida al italiano y reimpresa en México en 1788.

Por entonces se divulgó la enseñanza de la Botánica, estableciéndose cátedras en Barcelona, Valencia, Cartagena, Sevilla y Cádiz, utilizando el sistema de clasificación y la nomenclatura linneana. Gómez Ortega y Palau, con el fin de popularizar las enseñanzas, establecieron unos cursos prácticos de Botánica para el público, asistiendo a ellos aristócratas e incluso personas de sangre real. También se daban cursos de Botánica para boticarios y mancebos de botica.

La época de los grandes viajes

Como ya hemos dicho uno de los primeros botánicos ex-

DISCURSO

LEIDO EN LA SALA DE LECCIONES DEL Jardín botánico de Madrid al principiarse el curso de botánica general el día 9 de abril de 1821.

POR EL C. MARIANO LA-GASCA

SEÑORES.

Costumbre es inveterada dar principio al curso de lecciones públicas en este jardín con la lectura de un discurso inaugural, en que se pinten las utilidades de la botánica, ó de alguna de sus partes, para captar así la benevolencia y atraer el ánimo de los que quieren iniciarse en este ramo de los conocimientos humanos. En los años anteriores me esforcé, ya en presentar los encantos de la ciencia, ya en numerar sus utilidades, ya en manifestar su relación íntima con los demás ramos del saber humano, ya en demostrar el mejor método de enseñarla, y ya por fin en hacer ver que interin no se generalizasen los conocimientos botánicos no podrían obtenerse las incalculables ventajas que prometen sus aplicaciones.

Cuando creíamos no ser necesario inculcar por segunda vez esta última verdad, por verla adoptada en el proyecto de instrucción pública, presentado á las Cortes; y cuando nos figurábamos ser fácil su ejecución; hemos oído con sorpresa que se reputa por muy

A

Este «discurso» le costó a Lagasca el exilio en Inglaterra.

tranjeros que vino a España fue Pedro Loeffling, quien envió sus primeros resultados a su maestro Linneo, publicando numerosos géneros de plantas con nombres de botánicos españoles: Velezia, Ortegaia, Queria, etc. Loeffling iba, repetimos, a la zona del Orinoco como botánico de la expedición científica mandada por Iturriaga, embarcando en Cádiz en 1753, expedición que, como antes dijimos, se malogró por la muerte del joven Loeffling.

La segunda expedición enviada por Carlos III a los reinos del Perú y Chile estaba integrada por dos boticarios: Hipólito Ruiz como director y José Pavón como segundo, agregándoseles después el botánico francés Dombey.

Debemos al historiador

agustino J. Barreiro la oportunidad de haber salvado de la destrucción el «diario» de la expedición, redactado por Hipólito Ruiz y publicado en 1931 por la Comisión de Estudios retrospectivos de Historia Natural de la Real Academia de Ciencias de Madrid. Muchos de estos libros, durante los primeros años de los «cuarenta», era muy difícil encontrarlos y no estaban a la venta. Quizá por las razones «patrióticas» antes citadas.

De la lectura de este diario se deduce el trato inhumano y la explotación inicua que eran objeto los pobres indios por parte de los contratistas de la corta y saca de la corteza de Quina; los contratistas, hombres sin piedad, trataban a los indios como bestias. Esto lo relata Ruiz. Señala la vil explo-

3197
EX LIBRIS
FRANCISCO
BELLOT
RODRIGUEZ

tación por parte de algunos curas que amenazaban a aquellos ignorantes con el fuego eterno si no les pagaban a plazos por anticipado el funeral. A causa de esta explotación se inició la rebelión de Tupac-Amaro, caracterizada por la ferocidad de los indios hartos de explotaciones. De aquí tomaron su nombre los modernos tupamaros.

La expedición se preparó por una Real Cédula de Carlos III de fecha 8 de abril de 1777, en la que se ordenaba que dos alumnos del Jardín Botánico pasasen a los reinos del Perú y Chile, *en compañía de dos dibuxantes para observar, descubrir, dibuxar y formar herbarios*. Embarcó la expedición el 21 de octubre de 1777, en Cádiz, llegando al puerto de El Callao el 8 de abril de 1778, regresando a España el día 12 de octubre de 1778, fecha en que desembarcaron en Cádiz.

El resultado de esta expedición, a pesar de las intrigas de que fueron objeto los discípulos de Gómez Ortega por parte del abate Cavanilles, fue el siguiente: Propusieron 141 géneros nuevos de plantas y de ellos han sido aceptados internacionalmente más de cien; y describieron unas quinientas especies americanas, llevando los nombres puestos por Ruiz y Pavón, los botánicos de Belorado y Casatejada, respectivamente. Sus publicaciones más importantes son:

«Quinología o tratado del árbol de la quina», Madrid 1792.

«Prodomo de la Flora Peruviana et Chilense», Madrid 1794.

«Sistema Vegetabilium Flore Peruviana et Chilense». Madrid 1798.

«Flora Peruviana et Chilense». Madrid 1798. No terminada de publicar.

Estos botánicos tuvieron una polémica con Cavanilles, éste protegido por algunos magnates publicaba las plantas que le mandaban Ruiz y Pavón, mien-

tras sufrían penalidades los dos enviados. Al final tuvieron que marcharse Ruiz y Pavón fuera del Botánico.

La segunda expedición de importancia es la de Nueva España. Fue a iniciativa del discípulo de Gómez Ortega, Martín de Sessé y Lacasta, aragonés bautizado en Baraguas el 11 de diciembre de 1751. Estudió medicina en Zaragoza, siendo luego médico militar y comisionado del Jardín Botánico y, finalmente, director de la expedición a Nueva España; ya en México se unió a la expedición un nativo, Mariano Mociño, que había sido discípulo de Vicente Cervantes y tan brillante que Sessé propuso su incorporación a la expedición. Otro miembro importante de la expedición fue Vicente Cervantes, boticario mayor del Hospi-

tal General de Madrid, trasladado a México para instalar allí un Jardín Botánico. Otros miembros de la expedición fueron: Juan Diego del Castillo, boticario, natural de Jaén; Jaime Sanseve, también boticario; José Longino Martínez, que iba como anatómico; Juan Sanseve como boticario, los pintores La Cerda y Echevarría y como director Julián del Villar.

Los resultados de esta expedición no fueron tan brillantes como los de Ruiz y Pavón, recolectando unas cuatro mil plantas. En Madrid quedaron los manuscritos correspondientes y las láminas parece que fueron enviadas en 1936 al Chicago Natural History Museum para evitar su destrucción. Su devolución no parece cosa fácil. Han transcurrido



Mariano de la Paz Graells, el acérrimo isabelino, absolutista, que arrasó el Jardín Botánico instalando en él una «Casa de Fieras».



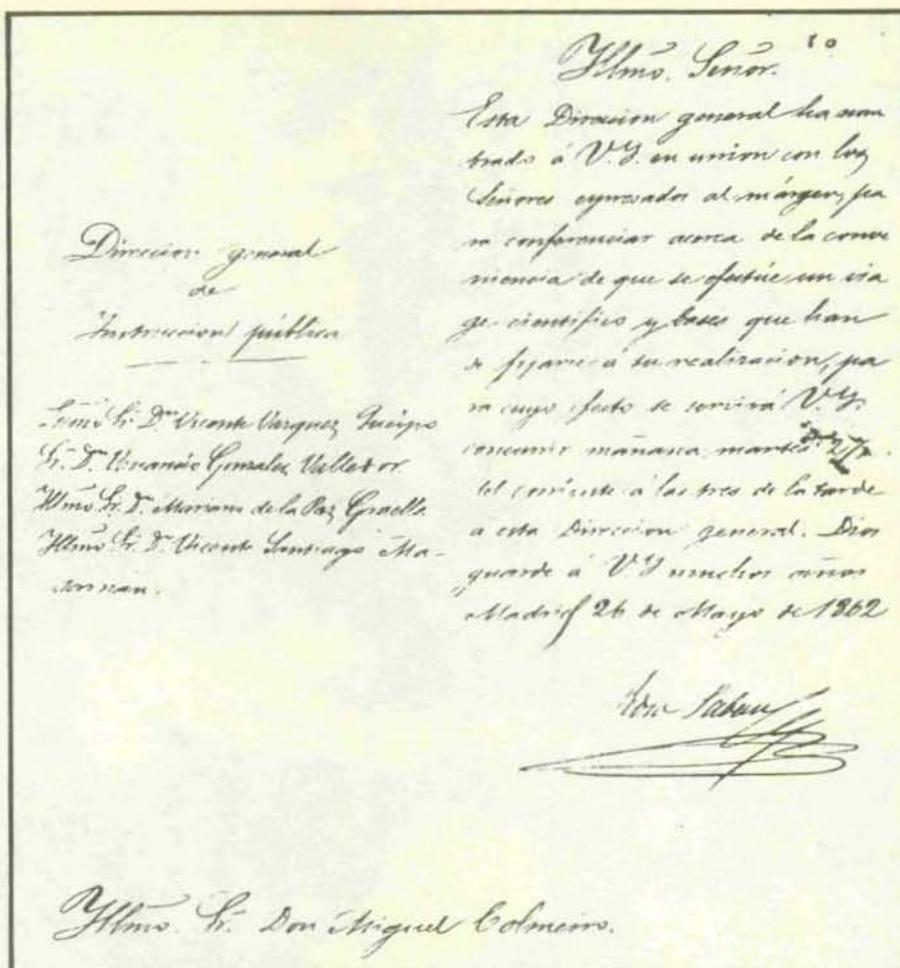
Miguel Colmeiro (1816-1901). El más discutido de los botánicos españoles.

más de cuarenta años y ahora parece que van a devolverlas.

La tercera expedición es quizá la más conocida de todas por la calidad de los dibujos de las plantas recolectadas: las conocidísimas «Láminas de Mutis». José Celestino Mutis nació en Cádiz el 6 de abril de 1732. Estudió Medicina en Sevilla y el tribunal del Protomedicato en Madrid, después de las prácticas correspondientes, le concedió el correspondiente título el año 1757. Asistió a las clases de Botánica del Jardín de Migas Calientes.

A principios de 1760 al ser nombrado el marqués de la Vega de Armijo, virrey de Nueva Granada (Colombia), llevó consigo como médico a J. Celestino Mutis, llegando a Colombia el año 1760, donde permaneció hasta su muerte.

La expedición de Mutis fue una de las que mayor influencia ejerció en el país, pues Mutis se buscó colaboradores autóctonos y permaneció durante cuarenta y ocho años en Nueva Granada. Decidido a escribir una obra sobre aquella riquísima flora se rodeó de un equipo de colaboradores, entre ello el criollo Eloy Valenzuela, el religioso, Diego García, otro Antonio García, y, sobre todo, un dibujante de excepcionales condiciones, natural de Nueva



Curioso oficio dirigido a Miguel Colmeiro, entonces director del Jardín, sobre la conveniencia de realizar el viaje científico al Pacífico. (Archivo del Jardín Botánico.)

Grañada, llamado Salvador Rico que fue luego el jefe del equipo de dibujantes. La calidad de los dibujos fue tal que las plantas parecían que se salían del papel, como decía Enrique Beltrán en la revista mexicana de «Historia Natural» en diciembre de 1967.

Destacó Mutis bien pronto por sus excepcionales condiciones de botánico, entablando relaciones científicas con el universal Linneo, quien publicó varias especies del botánico gaditano. Este obsesionado como casi todos los visitantes de América del sur, por encontrar corteza de quina, publicó una Quinología.

En el jardín Botánico de Madrid se encuentran los pliegos de plantas, resultantes de las herborizaciones de Mutis, clasificados según el sistema de Linneo. Las láminas y los pliegos fueron traídos a España por las tropas españolas con

motivo de su retirada de aquellos territorios en 1817.

En su día no se estudiaron aquellos riquísimos materiales y el resultado ha sido que las especies descubiertas y descritas en el siglo XVIII por los españoles llevan como nombre válido el propuesto por botánicos extranjeros que visitaron nuestras colonias después, pero que publicaron válidamente los nombres dados por ellos.

En las décadas franquistas y dado el espíritu triunfalista de entonces, se constituyó en el Instituto de Cultura Hispánica una comisión hispano-colombiana para la publicación de las láminas de Mutis con su descripción y sinonimia moderna. Se publicaron algunas familias, las rubiáceas, las orquidáceas..., pero la cosa terminó en que se cansó el gobierno de Colombia de aportar dinero cuando el español no siguió colaborando económica-



Almagro, Isern, Jiménez de la Espada y Martínez y Sáenz, componentes de la expedición al Pacífico, en Montevideo (Uruguay), en diciembre de 1862.

mente. De aquellas reuniones muy diplomáticas a las que asistí, sólo destacaba una cosa: la colaboración cada vez menor del gobierno español.

Durante los primeros veinte años del mando de Gómez Ortega, con un evidente atraso, predominó el criterio científico del botánico de Añover de Tajo, no aceptando el sistema de Linneo, ya aceptado en todo el mundo. Cesó Gómez Ortega en 1801 por jubilación.

La época de Cavanilles

A la jubilación del botánico de Añover de Tajo sucedió Antonio José Cavanilles. Este abate es quizá uno de los botánicos más conocidos de España. Entendemos que injustamente. El abate Cavanilles era natural de Valencia habiendo nacido el año 1745. Su poder le vino como profesor de los hijos del duque del Infantado.

Estando con éstos en París, en 1777, se interesa por la Botánica y asiste a la enseñanza que dan Dombey, de Jussieu y Thouin, dedicándose ya plenamente a la ciencia de las plantas.

Cavanilles, aunque por los que detentaban el poder botánico en la época del general Franco fue objeto de grandes honores, pero la realidad es que el botánico valenciano era el prototipo de adulator de los

poderosos que aprovechan su influencia para medrar. Indudablemente no hubiese llegado donde llegó si hubiese carecido de ayuda. Fue hombre poseído no sólo de su ciencia sino de su poder. Aunque su labor fue buena, creyó que podía enmendar lo hecho por Linneo y que podía mejorar el sistema del sueco, pero su sistema apenas tuvo éxito.

A nuestro juicio, lo más negativo de la obra de Cavanilles es su actitud frente a dos meritisísimos exploradores botánicos que se jugaron la vida en Chile y Perú, Hipólito Ruiz y José Pavón; pensamos que fue injusta la designación de Cavanilles para la dirección del Botánico. Ya sé que esto es una opinión poco generalizada, pero no sólo es nuestra. Algún historiador de la ciencia española, el profesor Roldán Guerrero de la Universidad de Ma-

drid, decía con motivo del segundo centenario del nacimiento de Ruiz y Pavón lo siguiente: *Porque ya es hora de proclamarlo en alta voz y no decirlo a medias tintas: El sucesor de Gómez Ortega en la dirección del Jardín Botánico, debió serlo don Hipólito Ruiz López, porque se lo tenía más que ganado por su talento y laboriosidad (y por su heroísmo, añadido yo). No sucedió así, y una vez más las luchas y las banderas produjeron injusticias tales que lesionaron legítimos intereses y, en definitiva, perjudicaron a la botánica española.*

Durante el franquismo, y con el fin de minimizar el organismo Jardín Botánico creado mucho antes de que se inventasen los organismos oficiales de investigación de aquella época, olvidando todo lo anterior a la cruzada, se ideó el Instituto A. J. Cavanilles, idea

de la «saga» familiar que imperó durante muchos años en la Botánica hispana, organismo que fue suprimido después al llegar la democracia. Hay que pensar que en aquellos tiempos para dar el nombre de Cavanilles a un centro investigador se tuvo que hilar muy fino buscando la personalidad político-religiosa del personaje, pues si evocaba cualquier tendencia liberal y no digamos de izquierda se rechazaba el nombre.

El siglo XIX

A Cavanilles le sucedió Francisco Antonio Zea, discípulo de Mutis en Colombia, que se había venido de Nueva Granada por sospechas de conspiración el año 1797. En 1803 fue nombrado profesor del Jardín y a la muerte de Ca-



El Jardín Botánico en 1876. (De la Guía de Madrid, de A. Fernández de los Ríos.)

vanilles, director, cargo que ostentó hasta 1809.

En dicho año sucedió a Zea el jardinero Claudio Boutelou que, con su hermano Esteban, ambos naturales de Aranjuez, habían sido pensionados a Francia e Inglaterra para estudiar agricultura. Claudio había sido jardinero mayor en el Botánico y enseñaba Agricultura y Botánica Agrícola. Durante la invasión francesa fue nombrado director interino, siendo separado después por colaborar con los invasores. Sin embargo, los jueces depuradores no tuvieron en cuenta su labor de protección del Jardín, protección que no tuvo el cercano Museo del Prado, cuyo local sirvió de cuartel general a las tropas napoleónicas y abandonado en un lamentable estado. A Boutelou se debe la iniciativa de los estudios de agricultura en España, y, sobre todo, sus estudios sobre la composición botánica de los prados naturales, tan importante desde el punto de vista agronómico y ganadero.

Sucedió a Claudio Boutelou, Mariano Lagasca una vez vuelto del exilio a que le obligó Fernando VII. Lagasca ha sido una de las más grandes figuras de la Botánica española. Era natural de Encinacorba, pueblo aragonés donde nació el día 6 de octubre de 1776. Estudió Medicina en Zaragoza y Valencia, y fue ayudante del célebre físico Martí, quien le impulsó a que estudiase Botánica. En 1800 pasó a Madrid para continuar sus estudios de Medicina bajo la protección del médico de la casa Real, B. de Soldevilla. Asistió a los cursos de Botánica de Casimiro Gómez Ortega e hizo amistad con otros discípulos de éste como Simón de Rojas Clemente y José Demetrio Rodríguez con quienes colaboró en estudios de Criptogamia.

Durante la invasión napoleónica Lagasca no colaboró con los franceses, huyendo de Madrid e incorporándose como médico a las tropas espa-

ñolas que luchaban en el Levante. Su entonces amigo José Demetrio Rodríguez dejó el Jardín y se colocó como manco en una botica.

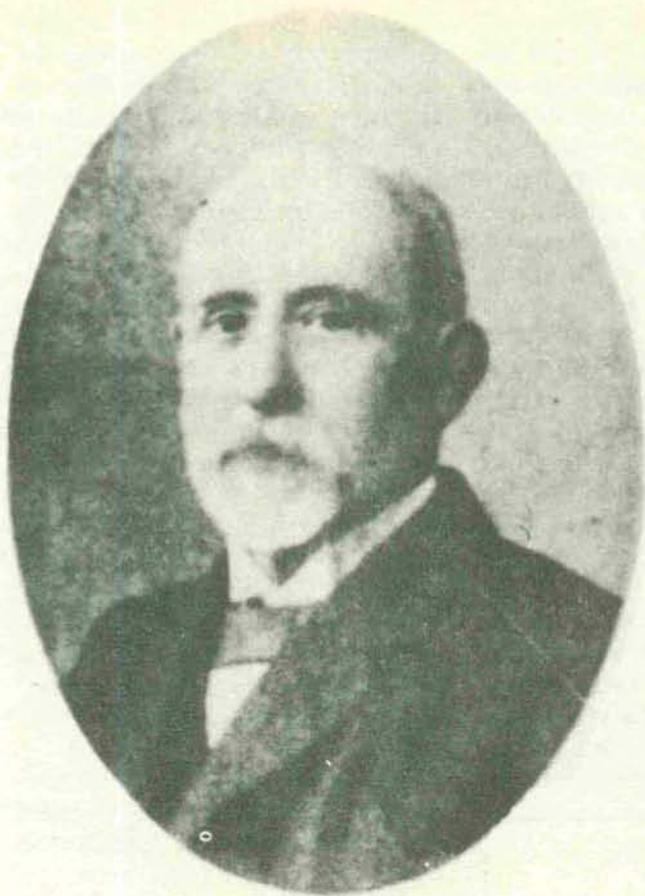
Después de la invasión, en 1814, Lagasca es nombrado director del Jardín, cargo que ejerce hasta 1823. En la época de oscurantismo en el reinado de Fernando VII, se persigue a las personas no absolutistas, cayendo sobre Mariano Lagasca la cerrada hostilidad de los grupos eclesiásticos más retrógrados, precisamente por un discurso pronunciado en el Jardín el día 9 de abril de 1821 y publicado después, discurso en el que proponía una reforma radical en las enseñanzas, suprimiendo latín y retórica y estableciendo agricultura y oficios varios. Incluso se atrevió a pedir que se quitasen muchas

cátedras de latín y teología para enseñar a cultivar la tierra, solicitando también las autonomías de las universidades, proponiendo que se cerrasen muchos conventos para dedicarlos a centros de enseñanza de oficios. También propugnaba que se creasen escuelas de enseñanza para maestros independientes de la Iglesia.

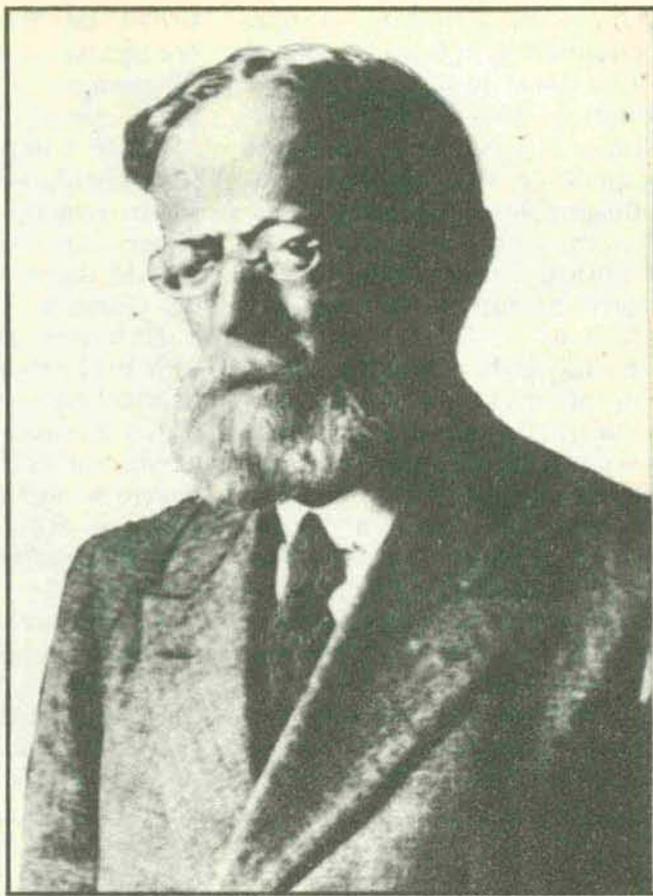
Esto, naturalmente, le granjeó el odio del clero retrógrado y con ello de Fernando VII, por lo que al volver el período absolutista con los «Cien mil hijos de San Luis» tiene que huir a Inglaterra donde permanece hasta 1834. Vuelto a Madrid a la dirección del Jardín Botánico, cae enfermo debiendo marchar a Barcelona en busca de un clima mejor. Muere en la capital catalana el 26 de junio de 1839



Carlos Pau (1857-1937). Pau, el gran enemigo del Jardín Botánico. Su hermoso herbario, por azares de la vida, fue a parar al Jardín.



Blas Lázaro e Ibiza, alumno de Colmeiro, formado en el Jardín Botánico, de la Institución Libre de Enseñanza. Gran Botánico, tomado por algunos farmacéuticos como creador de una escuela botánica propia de la farmacia. En realidad llevó la ciencia del Jardín a una Facultad en buena parte desprestigiada en el aspecto botánico. Sus secuaces formaron una poderosa «saga».



Romualdo González Fragoso (1862-1928). Micólogo especialista en micromicetos.

en el Palacio del Obispo de la Ciudad Condal que le había atendido amistosamente en su enfermedad.

Otro colaborador fue José Demetrio Rodríguez que fue director como ya hemos indicado entre 1839 y 1845. Estudió plantas canarias y de Sierra Morena.

Al desaparecer Lagasca y Clemente, el Jardín entró en un período de decadencia que, posteriormente, habría de repetirse coincidiendo con los períodos absolutistas y dictatoriales. El Jardín perdió su autonomía, pasando a depender de una Junta de Protección (¡cómo nos acordamos de la «Junta de Protección del Jardín y el Museo en la época de Franco!»), nombre irónico, pues la Junta paralizó todos los proyectos de Lagasca y Clemente; consecuencia: el estado del Jardín era desastroso, faltaron profesores, disminuyó el

número de plantas cultivadas, los invernaderos en ruinas y no se pagaban los sueldos. Algo similar y premonitorio de lo que había de ocurrir en la época del Patronato Alonso de Herrera en la época de Franco.

En 1834 fue nombrado director Antonio Sandalio de Arias, quien consiguió la reparación de algunos invernaderos.

En 1837 se suprimió definitivamente la Junta de Protección del Museo de Ciencias Naturales y con ello la Comisaría del Jardín Botánico, confiando la dirección de ambos centros a una Junta gubernativa formada por los profesores del Museo y del Jardín bajo la presidencia de Mariano Lagasca. Fue una época de renovación del Jardín, cultivándose hasta seis mil plantas.

A la muerte de Lagasca, ya lo hemos dicho, le sucedió José Demetrio Rodríguez,

pero no tuvo mucha suerte en su gestión, principalmente por el mal de siempre: falta de ayuda económica. Además para bochorno de los gobiernos españoles de entonces, en la primera mitad del siglo XIX, se verifica una verdadera invasión de botánicos extranjeros que recorren la península y publican en el extranjero sus descubrimientos en España. Pero mucho hay que agradecerles a esos extranjeros, sus trabajos constituyen la obra fundamental sobre el catálogo de la flora española. Aún a cien años de distancia son los textos fundamentales en todo laboratorio de Botánica.

Citaremos sólo tres de ellos: El suizo Edmundo Boissier, el alemán Mauricio Willkomm y el danés J. Lange. Boissier publicó, entre otras, su magnífica iconografía titulada «Voyage Botanique dans le Midi de l'Es-

pagne», obra todavía fundamental sobre la flora andaluza. Y qué decir de la obra de Willkomm y Lange: «Prodromus Florae Hispanicae», que aún después de casi noventa años transcurridos desde su publicación es, como dejamos dicho, la obra imprescindible para la determinación de las especies españolas.

El año 1846 hay una reforma general de la enseñanza universitaria como consecuencia de la Ley de Claudio Moyano. Por esta Ley el Museo y el Jardín Botánico pasan a depender de la Universidad de Madrid, en su Facultad entonces de Filosofía que también comprendía las actuales enseñanzas de Ciencias.

Al fallecer en 1846 José Demetrio Rodríguez, se acordó que Quintanilla ocupase la cá-

tedra de Botánica general, creándose la nueva cátedra de Organografía y Fisiología vegetal. Siendo nombrado titular Vicente Cutanda, el autor de la conocida «Flora de Madrid y su provincia». La agricultura constituía enseñanza separada, siendo dictada por el discípulo de Cutanda, Asensio.

Entonces surge la idea de unir los herbarios de cada catedrático en uno llamado «Herbario General», que todavía existía en 1975. En este herbario no se incluyeron los de Cavanilles, Ruiz y Pavón, Mutis y, en general, los de tierras exóticas.

El Herbario General en su inmensa mayoría se organizó a partir de ser nombrado director Miguel Colmeiro y por sus sucesores en la cátedra. Fue, pues, organizado por los cate-

dráticos de la Universidad Complutense. Al separarse ésta del Jardín, no le fue devuelto, bien es verdad que ante la negativa rotunda, la Facultad no hizo nada por recuperar lo que había preparado con su dinero y sus hombres de ciencia.

Ya bien mediado el siglo XIX, don Vicente Cutanda que fue nombrado para explicar Organografía y Fisiología vegetal, pasó a explicar Fito-grafía. Esta anomalía también se repitió en otras épocas; por ejemplo, en la época moderna se convocó una oposición para una cátedra de Química agrícola ¡para explicar Edafología! Parece como si se quisiera favorecer al aspirante, no a las necesidades de la enseñanza.

Don Vicente Cutanda falleció en 1866.

Al morir en 1846 José Demetrio Rodríguez, le sucedió en la dirección del Jardín don Mariano de la Paz Graells, catedrático de Zoología. Era un zoólogo con mucha afición a la Botánica, y, es justo decirlo, descubrió varias especies nuevas para la flora de la cordillera central. Pero tuvo la desgraciada idea de establecer un parque zoológico en los terrenos del Jardín. Esta idea no hubiese sido mala si la superficie del Botánico hubiese sido mayor, pero con siete u ocho hectáreas aprovechables las consecuencias fueron desastrosas a pesar de las mejoras conseguidas en el centro. Además, Graells, isabelino acérrimo, debió ser un fantasioso. Construyó un invernadero y en una de las columnas hizo poner la siguiente inscripción con letras de oro: «*Construido siendo director don Mariano de la Paz Graells*».

Las mejoras del Jardín estaban principalmente destinadas a instalar el parque zoológico. Reformó el llamado Plano de la Flora, plantó arbustos y árboles, implantó praderas y consiguió dinero para realizar las estatuas de Quer, Cavanilles, Lagasca y Clemente, así como el busto de Linneo. Ade-



Antonio Casares Gil (1871-1929). Ilustre investigador en Arqueogniadas de España.

más consiguió una concesión de agua más barata del Canal de Isabel II, lo que mejoró grandemente el arbolado que decaía por falta de riego.

Graells, con su indudable influencia en la corte isabelina, consiguió ayuda para su parque, instalando un lago para aves acuáticas, pero éste, por su defectuosa construcción, perdía agua con el consiguiente gasto. Algo parecido ocurrió con las construcciones del tiempos del señor Rivas Martínez al final del franquismo y principios de la democracia. Además, las deyecciones de los animales ensuciaban el Jardín y originaban unos fétidos olores que llegaban al Paseo del Prado con la consiguiente queja de los paseantes.

Colmeiro en su «Historia del Jardín» l.c., dice:

«Aumentaba la suciedad y la fetidez, los animales distribuidos y con frecuencia acumulados en los antiguos y frondosos cuadros del Plano inferior del Jardín que se habían convertido en áridos corrales e informes conejeras y hasta hediondas pocilgas, donde se criaba y engordaba ganado de cerda».

A don Mariano de la Paz Graells le sucedió en 1866 el liberal Miguel Colmeiro y Penide. Este, dándose cuenta de los graves inconvenientes que para el Jardín representaba el zoológico, lo primero que hizo fue conseguir que el Ayuntamiento aceptase el «regalo» de los animales, estableciéndolos en la «Casa de Fieras» (actuales jardines de Cecilio Rodríguez).

Con la liberación del Botánico comenzó una verdadera colaboración entre la Facultad de Ciencias y el Jardín, colaboración que no se rompió hasta 1975. Las enseñanzas de Botánica de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid continuaron impartándose en el Jardín hasta los últimos años de la década de 1960. Entonces las inhabilitables condiciones del invernadero donde se daban las clases, hicieron obli-

gado el traslado a la Ciudad Universitaria. Esto tiene una explicación: el Patronato Alonso de Herrera y, en especial, su secretario de entonces, no atendía las peticiones de arreglos, pues su idea era que se «marchase» la Facultad de Ciencias.

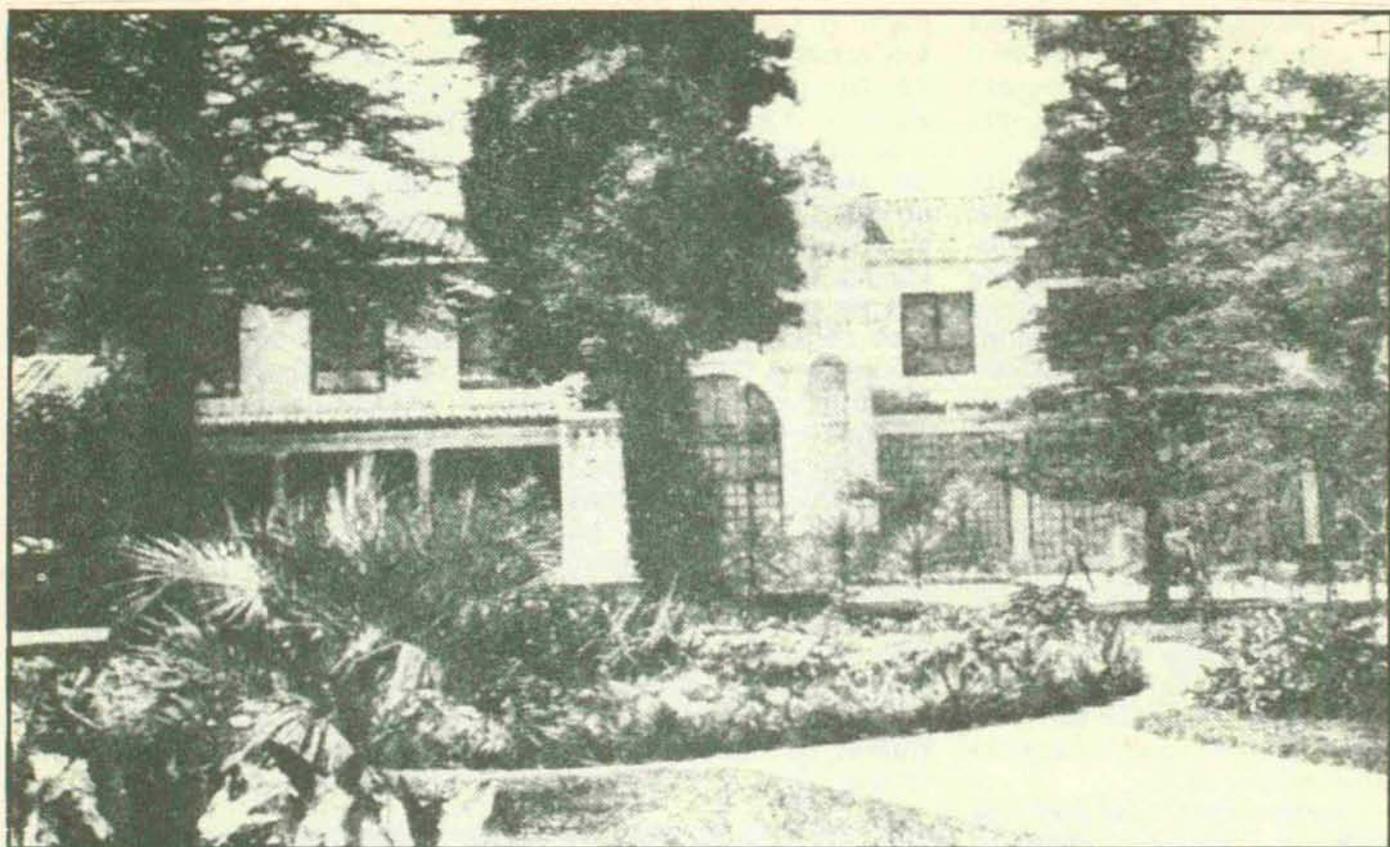
Una de las primordiales tareas de Casimiro fue renovar los cuadros de plantas arrasados por los animales. Estableció una estufa de cultivos por multiplicación, ordenó las colecciones organográficas, aumentó el número de semillas recolectadas y se revisaron las colecciones de América que estaban en un estado lamentable. Se ordenó el archivo. Se construyó la verja sobre soporte de ladrillo en la parte de la Cuesta de Claudio Moyano y se construyó la puerta de hie-

rrero de la esquina a Alfonso XII. En esta zona se estableció una plantación de coníferas. Se publicó un catálogo de semillas y se implantó la entrega gratuita de plantas medicinales.

Durante la época de Colmeiro como director del Jardín se organizó la última expedición científica a América organizada por España. Esta expedición, realizada después de la pérdida de nuestras principales colonias cuando todavía quedaban los restos del resentimiento contra los antiguos colonizadores, tuvo su origen en una serie de reuniones celebradas en el Museo Nacional de Ciencias Naturales, con el fin de proporcionar al mismo y al Jardín Botánico, colecciones de América; pues, sobre todo, el Museo, aunque pareciese



P. Luis M.º Unamuno, O.S.A. (1873-1943). Uno de los grandes micólogos españoles.



El Jardín Botánico en 1929, ordenado, limpio y con miles de especies. (De un folleto de la época.)

absurdo, carecía de ellas. Después de una serie de trámites se nombraron los componentes de la expedición que fueron: jefe, don Patricio Paz y Membiela; capitán de la Armada retirado, Malacólogo, segundo jefe, don Fernando Amor y Mayor; miembros: don Francisco de Paula Martínez, don Marcos Jiménez de la Espada, don Manuel Almagro y Vega, don Juan Isern y Batlló (único botánico), don Bartolomé Puig de Galup y don Rafael de Castro y Ordóñez.

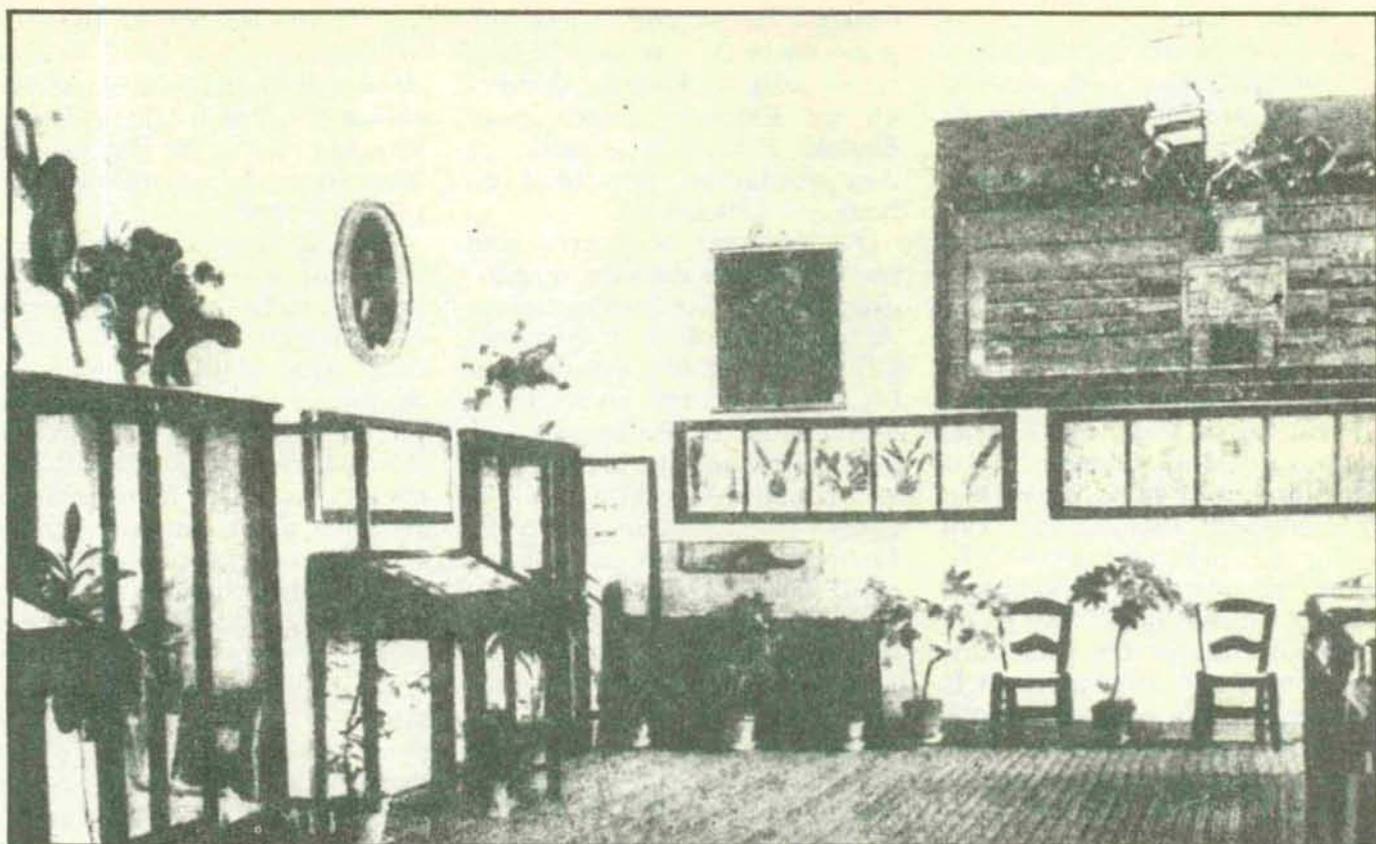
La triste realidad es que la expedición sirvió de pretexto para que la Armada española hiciese acto de presencia en la costa del Pacífico con el fin de levantar los ánimos de los españoles que habían quedado en América después de la independencia y que en algunos casos eran tratados de mala manera. Era una expedición de guerra acompañada de científicos. Zarpó de Cádiz el 10 de agosto de 1862 y el resultado fue el fracaso de la batalla de El Callao. Pero los natura-

listas continuaron viaje solos y regresando cada uno por donde pudo. Un grupo de ellos atravesó la cuenca del Amazonas en unas balsas hasta llegar al Atlántico. Dos de los componentes murieron a consecuencia de las enfermedades y penalidades sufridas, eran Mayor e Isern.

Los resultados fueron extraordinarios, pero como siempre se cumplió una vez más la «desgana» española, ya lo decía Lagasca para publicar los resultados. Las plantas quedaron inéditas, algunas fueron estudiadas por el catedrático de la Facultad de Farmacia de Madrid, señor Cuatrecasas, y publicadas en los Anales de la Universidad de Madrid sesenta y ocho años después, cumpliéndose las palabras de Mariano Lagasca en una carta fechada en Madrid el 11 de noviembre de 1820: «*Es incuestionable que España ha gastado más que cualquiera otra nación europea en promover el progreso de las Ciencias Naturales, particularmente la Botánica.*

También es verdad que nunca ha recibido los frutos que esperaba de tales sacrificios. Una de las causas principales es haber abandonado, o por lo menos descuidado, la empresa después de hacer los gastos principales.

A la muerte de Colmeiro, el año 1901, le sucedió una junta de tres miembros (ninguno era catedrático) que duró tres años, siendo nombrado después director don Apolinar Federico Gredilla y Gauna, catedrático de Fisiología vegetal. Su paso por el Jardín no sirvió de mucho, sólo publicó un pequeño folleto con la historia resumida del Jardín. De este folleto, si sacamos una curiosa anécdota que demuestra la repetición de la historia como fenómeno general: En 1866 un ciclón dejó medio arrasado el Jardín, Colmeiro pidió ayuda al Gobierno, pues los ansiosos del terreno se aprovecharon para pedir el traslado del Jardín con objeto de edificar en el solar. El presidente del Gobierno, Cánovas del Castillo, se presentó de improviso cierto



La exposición retrospectiva de Historia Natural, 1932.

día en el Jardín y después de ver su riqueza en plantas, le dio palabra al director de que no se invadiría el Jardín, centro de tanta importancia histórica.

A Gredilla le sucedió en la dirección don Eduardo Reyes Prósper que sólo permaneció en ella desde 1919 a 1921. Luchó siempre con la dichosa escasez de dinero, pero tenía afán investigador y dejó dos obras que eran una aceptable contribución a la Algología y al estudio de las estepas de España. Fueron editados por la Real Casa, pues Reyes había sido profesor de Historia Natural de Alfonso XIII. Dada la ideología de Reyes no parece que se llevó muy bien con los directivos de la R. S. E. de Historia Natural y la Institución Libre de Enseñanza.

El año 1921, a la muerte de Reyes Prósper, se hace cargo de la dirección, cosa curiosa, un entomólogo, el muy célebre don Ignacio Bolívar y Urrutia, ilustre personalidad creadora de la moderna entomología en

España, miembro de la Institución Libre de Enseñanza y del Museo Nacional de Ciencias Naturales. Además era de la Junta de Ampliación de Estudios. El Jardín necesitaba una persona con prestigio y autoridad que se hiciese cargo del centro que estaba muy abandonado. Consiguió renovarlo logrando además una legislación adecuada y consiguiendo para los conservadores la equipasación a los catedráticos de Universidad. Esto también lo hizo mucho después el C. S. de I. Científicas, pero se aireó como si fuese un éxito de los ministros de Franco y en realidad era un éxito conseguido veinte años antes por Bolívar.

En el Jardín construyó una sala de investigación e instaló la biblioteca del Jardín en condiciones más adecuadas, independiente de las cátedras. Este período es uno de los más fecundos de la historia científica del Jardín. En 1930 cesó don Ignacio en la dirección, después de haber elevado la categoría del Jardín por sus culti-

vos y por sus publicaciones en la Junta de Ampliación de Estudios.

A Bolívar le sucedió, desde 1930 a 1937, el catedrático de Fisiología vegetal, don Antonio García Varela, se limitó a conservar el Jardín en el estado que lo dejó Bolívar.

Hay que destacar en el período 1929 a 1937 el hecho de que la Junta de Ampliación de Estudios se preocupa grandemente del Jardín Botánico en el aspecto de la investigación, siendo este período una de las épocas con más frutos conseguidos. Las publicaciones son numerosas y los investigadores botánicos son los siguientes:

Romualdo González Frago. Médico dedicado a la Micología, especialmente la parasitaria.

Antonio Casares Gil. Médico dedicado a los Briófitos.

R. P. Luis M. Unamuno. Naturalista, dedicado a Micología parasitaria.

Pedro González Guerrero. Naturalista, dedicado a Algología.

Elena Paunero Díaz. Naturalista, dedicada a Gramíneas.

Emilio Guinea López. Naturalista, dedicado a Geografía Botánica.

Florencio Bustinza Lachiondo. Naturalista y farmacéutico, dedicado al cultivo de *Penicillium*.

En la guerra civil de 1936, el Jardín sufrió los desperfectos y penalidades propias de la resistencia. Los profesores fueron evacuados a Valencia. Las láminas de Mutis llevadas al extranjero para su salvaguardia, los cultivos abandonados por falta de personal joven. El resto del personal, ya lo hemos dicho, cultivó hortalizas y cria gallinas para poder alimentarse. En el año 1937 cesó en la dirección don Antonio García Varela, sustituyéndole José Cuatrecasas compartiendo este cargo con el de jefe de Eva-

cuación de Madrid, hasta que poco antes de terminar la guerra se exilió a América. Estuvo en los Estados Unidos estudiando Flora colombiana; es una verdadera autoridad en flora de Colombia.

Al terminar la guerra civil fue nombrado director nuestro maestro de Geobotánica, don Arturo Caballero y Segares: 1877-1950. Había venido, antes de la guerra civil, de la Universidad de Barcelona. Era un hombre sobrio, enemigo de la propaganda después de la guerra fue ayudado por el P. Unamuno. Estuvo en la dirección hasta su muerte. Consiguieron obtener lo que nadie había logrado en toda la vida del Jardín: la creación de una revista para publicar los trabajos, los «Anales del Jardín Botánico de Madrid», que comenzó en 1940. De toda su la-

bor destacaremos la llamada «*Ilustraciones de la Flora Endémica Española*», en colaboración con Paula Millán Aloseite que era una de las mejores dibujantes de plantas que ha tenido España.

Con la decadencia de Caballero por su edad, comenzaba otro período de vergüenza para el Jardín. Se crea el Patronato Alonso de Herrera y se cambia el nombre de la revista por el de «Anales del Instituto A. J. Cavanilles». La influencia de las sagas familiares de siempre determina que había que establecer una barrera entre lo realizado antes de 1939 y lo investigado después. Al año 1939 se pretende aparentar que se iniciaba una nueva era científica: Antes de Franco y después de Franco, por ellos e perfilaron las instituciones de investigación como si fuesen



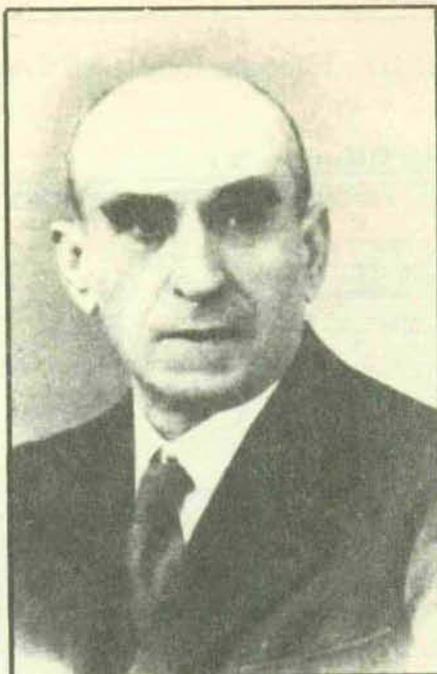
Cuatrecasas, director del Jardín Botánico de Madrid durante la guerra civil. Cuatrecasas de pie, señorita Maire, doctor Font i Quer, doctor Maire, Codina (farmacéutico catalán) y B. Fernández Riofrio (catedrático de Fisiología Vegetal de la Universidad de Barcelona). Cuatrecasas y Font i Quer representaron la oposición a la «saga» familiar que gobernó la Botánica española durante muchos años.

algo inédito, haciendo propaganda en tal sentido incluso tergiversando las fechas de fundación de algunos centros. El Museo Nacional de Ciencias Naturales, el Jardín Botánico, etc., para dar la sensación de que la ciencia española se debía al régimen franquista. Ya hablamos de éstos en el número 60 de TIEMPO DE HISTORIA.

A la muerte de Caballero accedió a la dirección un anciano profesor auxiliar que llegó a la cátedra ya sexagenario: don Eduardo Balguerías Quesada, poco o nada pudo hacer entre 1950 y 1959 por la razón fundamental de que el Patronato de que dependía el Jardín, creación del franquismo y único responsable, no daba apenas dinero para su mantenimiento. A esta falta de dinero se agregaron las amenazas que desde siempre pesaban sobre el Jardín. Poco después de la guerra civil, el pintor Alvarez de Sotomayor, director del museo, inició una batalla para conseguir que el Jardín cediese parte de sus terrenos para el museo. Esa batalla tuvo varias incidencias, pero hay que reconocer que mientras el secretario general del C. S. de I. C., señor Albareda, estuvo presente se evitó la invasión. Sucedió a Balguerías, como catedrático de la Facultad y como director, don Manuel Jordán de Urries y Azara, que era un eminente especialista en hongos parásitos de los cereales. Su débil constitución física le llevó pronto a la tumba el año 1962.

La definitiva degradación del Jardín

Al profesor Jordán de Urries le sucedimos nosotros en la cátedra de la Facultad de Ciencias y en la dirección del Jardín. Durante los diez años que permanecimos en él tuvimos que mantener una lucha tenaz contra los que intentaban ocuparlo por parte del Museo del Prado y por la falta



Arturo Caballero, el gran director de los primeros tiempos de la dictadura franquista. Modesto y eficaz contribuyó grandemente, en unión de la dibujante Paula Milán, a la iconografía de la flora española.

de medios económicos. Por fin consiguieron lo que se proponían desde el año 1944. El último y dictatorial ministro de Franco, señor M. Esteruelas, el fracasado después de las elecciones democráticas, accedió a que se instalase el Museo de Goya en los terrenos del Jardín, contando para ello con la colaboración del secretario general del C. S. de I. C., señor Carpena Artés, que no hizo nada por defender los intereses del Botánico. Al ser nombrado este señor, yo, ya cansado de que nadie me hiciese caso, le escribí y, con mi mayor sorpresa, un día apareció por el Jardín cuando no venía nadie a interesarse por él.

Me acuerdo que dimos un paseo por el destrozado y seco Jardín (el Canal de Isabel II había cortado el agua por falta de pago) y me explicó que de ahora en adelante iban a cambiar las cosas, que había hablado con el ministro señor Martínez Esteruelas y que pronto saldría un Real Decreto sobre el Jardín. Yo le creí inocentemente, pero cual no sería mi sorpresa cuando me encuentro en el «B. O. del Estado» una

disposición por la que se crea el Patronato Museo-Jardín Botánico para instalar en su interior el Museo de Goya. Al poco tiempo, el ministro franquista y el entonces subsecretario, señor Mayor Zaragoza, más el director general de Bellas Artes y el del Museo del Prado hicieron una visita al Jardín.

En la primera reunión del reciente Patronato me acuerdo que todos decían: «¡Sí, señor ministro!», a lo que afirmaban el ministro y el subsecretario. Solamente se alzó mi voz para hacer objeciones especialmente por la doble dependencia en que quedaba el Jardín con respecto al consejo y al nuevo Patronato. El señor M. Esteruelas, me dijo: «¿Quién manda en el Patronato?». «Usted, señor ministro». «¿Quién manda en el C. S. de I. C.?». «Usted, señor ministro». «Entonces no hay más que hablar. Se levanta la sesión». Y se marchó casi sin despedirse.

A los pocos días el secretario general del C. S. de I. C. me llamó para decirme que el ministro estaba muy disgustado conmigo. Lógicamente dimití, así como después dejé todos los cargos del C. S. de I. C., incluso devolviendo la medalla de consejero de número. Como sucesor fue nombrado el señor Rivas Martínez, hijo del director del Instituto Cavanielles de Botánica. El Jardín estuvo cerrado con unos anuncios en inglés anunciando una próxima reunión y renovación. La verdad es que transcurrieron casi siete años para, después de gastar más de 150.000.000 de pesetas, tener que deshacer lo hecho y renovarlo estilo antiguo. Un joven arquitecto, señor Otamendi, ya fallecido y el señor Rivas Martínez, llevaron a cabo un proyecto sin tener en cuenta las características del clima de Madrid. Resultado: un adefesio que fue combatido por muchos organismos. Tal fue el escándalo que el señor Rivas tuvo que dimitir no sin antes tener una rueda de prensa en el

Jardín y echarle la culpa a Franco del desaguisado.

En «El Socialista» del 8 de julio de 1979 apareció una documentada crítica en la que se demostraba que se habían gastado más de 154.000.000 de pesetas para tener que volver a replantar el Jardín como estaba en el siglo XVIII. No nos resistimos a copiar algunos párrafos del documentado trabajo de Eduardo Romero Verdú, titulado «De cómo, cuándo y quiénes destrozan el Jardín Botánico»:

«Esta vez la disculpa ha sido de campeonato. Todos sabemos, y el dramaturgo Arrabal lo denunció hace tiempo, cuáles eran las aficiones del dictador. Todo aquello en que la sangre y la muerte eran protagonistas: la caza, la pesca, sus cuadros de naufragios, desencadenar, auspiciar y ordenar tragedias y firmar penas de muerte a la hora del café confirmaban el quehacer diario del

tirano. Pero que también se ocupase en la destrucción del Jardín Botánico nos hemos enterado hace escasamente un mes. Lo curioso es que nos lo ha descubierto el señor Rivas, director del Botánico, quien nunca estuvo descontento, según afirman los que le conocían (no se perdía un homenaje al Factotum del Opus Dei y de la investigación en aquellos tiempos y tuvo que jurar la adhesión al régimen de Franco, ahora dicen que es socialista, añadimos nosotros) con el régimen que tratamos de enterrar. Lo de Franco contra los árboles no está muy claro, pero la destrucción de un recinto histórico se puede observar desde las rejas del Paseo del Prado, porque acceder al interior va para cinco años que es imposible. En el mismo artículo se demuestra que se tiraron inútilmente los millones que antes decíamos más treinta y siete que fueron denunciados por

Adelpha para dismantelar el Instituto Mutis, recién instalado y deshecho sin estrenar.

Seguimos copiando a «El Socialista»: «Don Salvador, cuya actuación al frente del Botánico es todo un poema, se niega a reconocer que él fue uno de los principales impulsores de la instalación del Museo de Goya en el interior del recinto del Jardín, tal y como rezan las actas oficiales de las reuniones celebradas por la Junta rectora del Jardín y en la memoria del Anteproyecto presentado por él mismo. Esto sí que es cara».

En vista de que la idea del señor Martínez Esteruelas era un desastre y con la caída de Franco y la llegada de la democracia se acordó la remodelación definitiva del Jardín.

Y nada más, parece que ahora lo han dejado tranquilo, salvándose una vez más de la ambición del Museo del Prado. ¡Que dure muchos años! ■

F. B. R.



El Jardín Botánico en 1965. Parecía la selva amazónica. (Foto Bellot.)